





LA CONFESIÓN  
DE SOTELO



Guillermo Ferrández

LA CONFESIÓN  
DE SOTELO



Primera edición: mayo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Guillermo Ferrández

ISBN: 978-84-18250-57-6

ISBN digital: 978-84-18250-58-3

Depósito legal: M-9272-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Jimena,  
un perfume de flor de noviembre*



La muerte no acaba nunca  
C. EDMUNDO DE ORY



La muerte es inexplicable, pero no creo que sea absurda. La vida sí que es absurda, muchas veces tratamos de darle alguna explicación a eso que llamamos vivir, pero sabemos que la vida es absurda, que resulta extraña, que vivir es raro.

Cuando murió Cholo Laredo estábamos frente a frente en la misma mesa de trabajo, éramos compañeros en el banco, nos estábamos pasando papeles como hacíamos habitualmente a eso de las once de la mañana, de pronto se desplomó, yo creí que se había desmayado, pero estaba muerto, fulminado. Me quedé sin habla durante varios días y por las noches se me aparecía Cholo Laredo como si estuviera vivo y yo creí que me iba a volver loco, aún me acuerdo del gemido que le salió de la garganta cuando caía, su último gesto de hombre.

Cuando murió Tino Sánchez, uno de mis mejores amigos, en un maldito accidente de tráfico, yo estuve dos años hablando con él como si estuviera vivo y creo que aún ahora algo me dice que sigue vivo. A Tino Sánchez no llegué a verlo muerto, mejor, pero a Cholo Laredo lo vi allí mismo, delante de mí, la boca la tenía torcida, y por cómo estaba tirado no parecía persona, lo que hubiera sido Cholo Laredo ya era exclusivo de nuestros recuerdos y de nuestros sentimientos, pero lo que había allí, tirado, en el suelo, delante de mí, como un muñeco, no parecía humano.

Hemos visto morir a muchos de nuestros seres queridos y nos sigue resultando brutal. La muerte de los demás es brutal. Nuestra

muerte nos resulta inexplicable. Nuestra propia muerte es inexplicable. En realidad, vivimos como si no fuéramos a morir nunca, aunque sabemos de sobra que vamos a morir, que vamos a morir en cualquier momento, que hemos venido aquí para morir. Si supiéramos que íbamos a morir mañana, hoy viviríamos de otra manera. Pero no queremos saberlo, lo olvidamos para poder vivir como si fuésemos eternos. Pero cuando sabes que tu padre ya no estará más contigo, sí, que nunca más lo volverás a ver, por mucho que lo pienses, no lo puedes entender. ¿Y de tu propia muerte qué vas a decir? Nada. Silencio. Por la muerte de los demás sabemos que también nosotros vamos a morir, si no, no lo sabríamos nunca. Alguien que no haya visto morir a otro no sabe de la muerte, ni se la imagina. Pero nosotros, como ellos, morimos. ¡Cuánto nos cuesta morir!

Cuento todo esto porque acabo de salir del médico, me ha dicho que me muero, no me ha dicho cuándo pero que será pronto, quizás antes de que termine el año, y ahora estamos en abril, o sea que como mucho me quedan ocho meses, pongamos seis, seis meses, es lo que hay. Me lo dijo con mucho cariño, no de una manera brutal, me cogió del hombro y me dijo que ya estaba muy avanzado, que si se hubiera detectado hace un año aún se podría intentar algo, pero así que era una tontería, más sufrimiento para nada, que ya estaba en el hígado, que había una metástasis importante, que no obstante fuera a las revisiones quincenales, sobre todo para evitarme el dolor. Metástasis era la puta palabra que nadie quería oír, tan solo se utiliza para hablar de la desgracia, no tiene otro sinónimo que no sea la muerte. Metástasis es una palabra griega que el pueblo no quiere pronunciar bien, no es que no sepa, es que no quiere ni aprender a decirla, como si con eso pudiera ahuyentarla.

Si les digo la verdad, no estoy conmocionado por la noticia, pero estoy un poco triste, llevo desde marzo haciendo análisis y por las caras que iban poniendo los médicos ya me temía lo peor,

me entra tristeza cuando pienso que esto se acaba, no me había dado cuenta de lo aferrado que estaba a la vida, y eso que muchas veces la maldije y la desprecié. Quizás sea tan solo la costumbre de vivir lo que me produce esta tristeza, estaba uno tan acostumbrado a la vida que ahora duele cambiar de costumbre, o sería mejor decir desaparecer de toda costumbre, porque a la muerte nadie se puede acostumbrar. O tal vez sí, ya tengo plazo de muerte, ya tengo fecha, creo que siempre la tuve pero ahora es mucho más precisa, ahora ya puedo ver el momento, ahora ya puedo contar los días, seguramente me moriré en otoño. Otoño es la estación de mi muerte. La muerte es una estación inmensa, el otoño es mi estación *terminus*, se podría decir que me bajo en otoño, más bien en el cáncer de otoño me apeo para siempre. Para nunca. Es duro pensarlo. Quizás me acostumbre al cáncer de otoño. No me parece injusta la muerte, mi muerte no me parece una injusticia, no la entiendo muy bien, no entiendo muy bien para qué vivimos si vamos a morir, pero no me parece injusta, si nos atenemos a lo que vemos, todo lo que nace muere, no íbamos a ser nosotros distintos. Quisiera que me entendieran, no estoy diciendo que no me importe morir, qué va, ni mucho menos, claro que me importa, yo no quiero morir, pero qué puedo hacer ante un hecho tan brutal e irremediable, qué podemos hacer, maldecir ¿a quién?, ¿llorar?, ¿huir?, ¿meternos en un quirófano de un hospital de EE. UU. a que nos revienten el estómago?, ¿abrazarte a tu madre, si es que la tienes, y decirle que te salve, que vas a ser bueno? De la misma manera que no podemos decidir cuándo nacemos tampoco podemos decidir cuándo vamos a morir, bueno, esto no es exactamente así, algunos deciden cuándo mueren.

Tengo miedo al dolor, todo hay que decirlo, más que a morir tengo miedo al dolor de la muerte, más que a la soledad de la muerte, miedo al dolor, al fin y al cabo a la soledad ya estaba acostumbrado pero al dolor no, el dolor siempre lo curé con analgésicos o con buscapina, o si era poco lo aguanté con cierto mal humor como poniéndole mala cara a ver si se iba, con la noche de por

medio esos dolores se marchaban agriando un poco el rostro pero dejándote la fuerza suficiente como para olvidarlos, el dolor de la vida tiene un algo de esperanza, pero el dolor de la muerte no tiene medida, eso es lo que más me aterra. Además, el dolor de la muerte es un dolor agónico, no es un dolor que preceda a una curación, no es pasajero, es inútil, no sirve para nada, ni se puede sacar de él ninguna lección, el dolor sirve para aprender a vivir, pero para morir para qué lo quieres.

Ahora no me duele nada, si no hubiera ido hoy al médico no sabría que me iba a morir en otoño, lo sabría otro día, pero hoy no, me encontraba, me encuentro perfectamente y tengo buen aspecto, pero los médicos saben que me voy a morir y que me va a doler, lo saben desde que me analizaron aquellas heces putrefactas, tenían sangre mezclada con el pollo y las judías, una sangre rara que llamó la atención, y mira por dónde lo que era aquello. Me iba a doler mucho, el mío era de los que dolía. Estoy un poco triste, pero por lo demás puedo decir que no me encuentro mal, nadie que pasa a mi lado sabe que me voy a morir, que ya tengo el certificado del médico, aunque a veces la muerte se burla de los médicos y no cumple los plazos ni las formas y acabas atropellado por un conductor ebrio al viernes siguiente, quiero decir que no tengo por qué llegar al otoño, por mucho que diga el médico puede ser en cualquier momento, por mucho que diga el cáncer puede ser ahora mismo.

Cuando ves tan cerca el final de la vida te cambia la mirada, todo se ve distinto, los ojos son los mismos pero lo que ves no, todo aparece más nítido y con mayor relieve, como si hubiese aumentado de tamaño, todo es más humano y más frágil, la vida es muy delicada cuando sabes que vas a morir. Cuando vas a morir la vida baja la temperatura y se enfría. Estoy seguro que soy el único en la ciudad que sabe que va a morir y cuándo va a morir, en ese sentido soy más que un hombre, soy un sabio, porque saber es saber de la muerte. Yo un sabio, quién me lo iba a decir. Tengo ganas

de hablar, de hablar con todo el mundo, no de mi enfermedad, sino de la vida. Hablar es lo más importante para el hombre que sabe de la muerte.

Me llamo Sotelo y tengo sesenta y tres años, bueno, me llamo Ramón Sotelo, pero todos me llaman Sotelo, en el banco donde trabajaba acabaron llamándome señor Sotelo, eso fue el último año quizá porque sabían que me iban a prejubilarse, a mí lo de señor me era igual, cuando trabajas en un banco muchas de esas palabras te entran por un oído y te salen por el otro, no eran más que fórmulas de servilismo, el poder de la banca es de tal magnitud que muchos clientes adoptan posturas serviles cuando tienen que pedir un crédito o simplemente cuando tienen que pagar un recibo a deshora o fuera de plazo. El poder de la banca llega hasta los zapatos de sus empleados, yo he visto despedir a un empleado en prácticas por llevar calzado deportivo. El poder de la banca es moral, como el de la iglesia. La banca es una higiene mental, un lavado de cerebro para que se desprendan de ti todos los sentimientos, en esto es una especie de budismo, ni sufres ni padeces, el nirvana bancario.

Vivo solo, estuve casado, pero me separé hace diez años, aún no sé muy bien por qué, supongo que de asco o de aburrimiento porque otro motivo no lo puedo entender, Virginia nunca me engañó, pero nunca me quiso, administraba el dinero que le daba y siempre estaba quejándose de lo desgraciada que era, con todas las personas era desgraciada, incluida su hija, bueno, nuestra hija, ella siempre se quejaba de su falta de salud y de la mala suerte que había tenido. Yo nunca la entendí, a lo mejor es que no lo intenté lo suficiente, yo a decir verdad, nunca me quejé de cómo me trataba, conmigo siempre fue limpia y trabajadora, no quiero decir que fuese mi criada, ni mucho menos, lo que pasaba es que nuestra relación era así, yo ponía el dinero y ella me cuidaba, a su manera me cuidaba, por lo que veo es muy parecido a otras relaciones honestas y sinceras, creo que Virginia es una buena persona o por lo menos no es mala, que no me quisiera era otra cosa, pero lo

del querer es complicado y no está en las manos de cualquiera, es como un don y el que no lo tiene no se lo puede inventar. Nuestro matrimonio fue como el de la mayoría de la gente, una costumbre, a veces mala y a veces buena, me cansé de oírla y un día le dije que si no estaba a gusto que se largara, y se fue con la hija, no lo pensó dos veces, arreglamos por la buenas y listo, desde entonces no la he vuelto a ver, creo que fue valiente, otra no hubiese tomado esa decisión tan importante, deshacerte así del pasado no es fácil y tengo que reconocer que la decisión la tomó ella, yo, la verdad, no creo que la hubiese tomado, no por nada, sencillamente porque ser feliz no entró nunca en mis cálculos, yo estaba cómodo como estaba. Supe de ella una vez que vino a visitarme Laura, mi hija, aprovechando un viaje que hizo el Colegio de Abogados, ella es abogado, yo creo que vino porque la mandó ella a ver si vivía con otra, cuando vio que vivía solo y que me encontraba muy bien yo creo que se decepcionó un poco y a las dos horas se fue. Laura es buena chica, ahora tiene treinta y cinco años y una niña, aunque es mi hija es una mujer independiente, uno tiene que acostumbrarse a ser desprendido con los hijos, tienen un padre y una madre pero ellos eligen la relación que quieren tener con sus padres, nadie se la debería de imponer. Así pienso yo por lo menos. No les pienso decir que me voy a morir, para qué, no se lo voy a decir a nadie, tampoco les dije nunca cómo vivía, es mi secreto.

Mi vida ha cambiado totalmente, desde hoy puedo decir que soy diferente, desde que sé que me voy a morir soy otro, no tendría por qué ser, pero les aseguro que es así, me encuentro mucho más entero, como si todo mi ser estuviera conmigo, es una sensación que no había tenido nunca, antes siempre tenía la sensación de que me faltaba algo, como si no estuviera completo, pero ahora con la muerte tan precisa en el alma, digo en el colon, pero en realidad es en el alma, ya no siento el vacío, estoy lleno. A lo mejor lo que siempre eché de menos fue la presencia de la muerte en el colon, o en el alma, como ustedes prefieran. Estoy casi seguro que si

hubiera tenido esta sensación antes no me hubiera separado, ni me hubiera amargado la vida con mi carácter y mi aburrimiento, porque yo siempre fui un hombre aburrido, mucho más que ahora, un hombre al que la vida nunca le hizo ni pizca de gracia, como si dijésemos que no le encontraba sentido. Pero ahora empiezo a comprender y me dan ganas de reírme, no se crean que lo digo por decir, no tengo ningún interés en mentir, a estas alturas sería una estupidez.

Me compré un casete para hablar, no se imaginan las ganas que tengo de hablar desde que el médico me habló de mi enfermedad, todo lo que pienso lo hablo, la gente que me vea creerá que estoy loco, pero es necesario que hable, es la única forma que tengo de vivir a partir de ahora, es una necesidad que no había sentido hasta hoy, como si estuviera dormida dentro de mí y ahora se hubiera despertado. Soy una máquina de hablar, después escucho mi voz y apenas me reconozco, como si fuera otro el que hablara. A veces no sé lo que digo, me resulta incomprensible, parece que quiero decir algo pero no consigo descifrarlo como si hubiera un código en mi cerebro que desconozco. Ahora por ejemplo acabo de decir: «Lo bueno, je, je, es que las cosas se rompen», aunque eso lo borré, pero no sé qué quiero decir, ni por qué, eso es lo bueno. Pero ya no voy a borrar nada, no quiero, me parece que todo lo que diga hasta que me muera será importante para el que lo oiga después, y si no lo oye nadie me es igual. Hablo para sentirme vivo, hablo sin parar, como si quisiera acabar todo lo que tengo por decir y no tuviera tiempo. Quizás solo hable para dejar grabada mi voz cuando me muera, como otros dejan sus fotografías, para que quede algo de mí, para no morir del todo, aquí está mi voz y mis palabras. Yo dejo mi voz aquí grabada, podría titular a esta grabación «Mis últimas palabras», como si fuera un testamento oral, pero no son un testamento, son, si acaso, el testimonio de mis últimos días entre los vivos. Tampoco son un testimonio, solamente son mi forma de vivir mi muerte, no creo que puedan ser una lección para nadie, no

estoy yo para dar lecciones, si acaso para recibirlas, es verdad que necesito hablar, pero también escuchar a los demás, a los otros, me gustaría participar en las conversaciones de los demás, sin ser un cotilla, oyendo y opinando, ahora siento esas ganas como nunca las tuve. Siempre admiré a los habladores, a los que pegaban la hebra por cualquier cosa, no sé si les interesaba o no, pero a mí ahora me interesa, estoy asombrado de este cambio.

No me gusta esta sensación de urgencia, por qué voy a tener prisa, ahora ya está, qué prisa puedo tener, adonde voy no hay que llegar pronto, ya sé que voy a llegar, qué más da que tenga prisa si ya no depende de mí, creo que nunca dependió de mí, pero aparentemente antes tenía la impresión de que era yo el que decidía, tonterías, nadie puede decidir sobre la vida, bueno, quizás sí, cualquiera puede decidir suicidarse, eso sí que está en la mano de uno. Pero la urgencia me viene de que me queda poco, qué tontería, en realidad me queda lo mismo de siempre, pero mejor, porque lo sé, y lo voy a disfrutar, voy a sacar toda la fuerza de mi muerte para vivir. Se acabó el silencio.

Son las dos de la tarde de este primer día de mi muerte, llámémosle así para entendernos, en realidad es el primer día desde que sé de mi muerte, desde las doce en que me dieron la noticia ha empezado para mí un nuevo calendario, una cuenta atrás que no permite hacer planes de futuro, desde hace dos horas podría decir que no tengo futuro, como mucho tengo un poco de presente lleno de pasado, tengo un montón de pasado en este nuevo calendario Sotelo. El calendario de Ramón Sotelo es exclusivo para mí y no hay otro igual en todo el mundo, no hay fechas festivas ni puentes ni domingos, podíamos decir que tampoco hay semanas ni días ni meses, solo hay números, en un alarde de optimismo he puesto hasta el doscientos veintidós, consideré que los veintidós primeros me hacían falta para adaptarme a mi nueva vida. Tener un calendario propio es como apartarse de la tribu, es como tener tu propio tiempo independiente de los demás, no es que deje de importarte lo que suceda, o que dejes de saber que es domingo o

lunes, no, lo que ocurre es que tú ya no estás para eso, tus días se llenan de otras cosas más intensas y cada segundo resbala por tu piel como una gota de agua. Eso no quedó mal, es lo que tiene esto de hablar por un casete, que te pones más importante de lo que eres. De todos modos me da la impresión de que no hacemos nada distinto de lo que hacen los animales cuando les llega la hora, ellos también se retiran fuera de la manada, como si inventaran su tiempo, un tiempo pleno, igual que yo, como el mío.

Ahora estoy en casa, vine a comer algo, tengo que darle más importancia a la comida, alimentos ligeros y fáciles de digerir, tengo que preparar el sistema de evacuación, para ayudar al colon cuando la cosas se pongan duras, yo no sé muy bien, si les digo la verdad, qué hace el colon o qué se cuece en el colon, pero es el lugar, por lo que me han dicho, en el que se pudren los alimentos, así que no me extraña que de tanta basura crezca el cáncer, es como las ratas en los basureros, dónde iban a estar mejor, solo que en este caso no valen los raticidas, entre otras cosas porque en este caso la basura, la rata y yo somos la misma cosa, no sé si me explico, es difícil de entender, aunque yo lo entiendo con un ejemplo, el cáncer y yo somos la misma cosa, como una mano, si está enferma la puedo cortar, pero si lo que está enfermo es una proporción grande del cuerpo, no puedes hacer nada, ni siquiera muriéndote evitarás que el cáncer viva. Quemándote puede ser. Qué barbaridad, no sé qué estoy diciendo, burradas, pero ya dije antes que no iba a borrar nada. Como bastante bien aunque no tengo tanto apetito como antes, también se lo achaco a la edad, ya no soy un pavo como dicen ahora, ya tengo sesenta y tres tacos y eso se nota en todo. Hoy he comido un filete a la plancha y una ensalada, y postre, yo siempre he tomado postre, hoy, un yogurt natural. Ahora estoy en el sofá viendo la tele, las noticias de Matías Prats, pero no atiendo a lo que dice, estoy pensando en cómo me voy a organizar en los días que me faltan, es necesaria una buena organización para morir con dignidad, sin dolor y con cierto cariño, para no caer en las ma-

nos de la Administración hay que pensar cada paso con precisión de orfebre, sigo hablando... orfebre de la línea que une y separa, de un cuerpo que recupera el sentido, de los pájaros sin nido...

Me quedé dormido y el casete siguió corriendo, hay algún ronquido en medio del silencio, también hay algunos anuncios, esto es lo que tiene el casete, que graba todo, aunque no estés, ahora tengo que rebobinar hasta donde lo dejé, no soy muy preciso en esto del casete, todavía no sé buscarle el punto de parada y marcha con la precisión necesaria, por eso a veces me quedan huecos entre las frases como si dudara, pero no son silencios, son *stops* y *plays* que todavía no controlo muy bien. He tomado la primera decisión de la era Sotelo, creo que el oyente me perdonará esta pedantería, pero es así, he decidido irme a morir a un pueblo donde no me conozca nadie y donde no conozca a nadie, un pueblo de unos veinte mil habitantes como mucho, un pueblo pueblo, de esos que dicen que van a desaparecer, un pueblo de España, podría ser del extranjero, no se crean, más extraño que en el extranjero no hay nada, pero dada mi situación y el miedo que le tengo al dolor no me atrevo, no vaya a ser que no me valgan las recetas en el extranjero y me muera retorciéndome el estómago. Ahora tengo que elegirlo, costa, interior, industrial, rural, aislado, comunicado. No se crean que me voy porque soy un amargado o un cobarde, ya lo pensé, me voy porque quiero estar solo, pensar en mí y en mi vida y en la vida, ahora que he decidido marcharme solo quiero pensar en mí. En España hay miles y miles de estos pueblos, la distancia no es un problema, me da igual. Tiene que tener farmacia y un centro asistencial, por lo del dolor, ya dije que por el dolor no paso, no es necesario. Creo que me voy a decidir por el sur, la parte del otoño que me toque vivir por lo menos no será tan fría, el frío a mi edad te pone de mal humor, y el calor del verano lo soportaré bastante bien, el calor es vida. Bien, será un pueblo del sur, ya está decidido, ahora tengo que elegir provincia, Almería o Málaga o Cádiz, Almería no está mal, es una provincia que da poco que hablar, parece apartada y tranquila, además nunca estuve en Almería, ya

es hora de conocerla, buscaré un pueblo que no sea turístico, si es que queda alguno, más bien del interior pero que no esté muy alejado del mar. Estoy mirando en la enciclopedia, yo no conozco ningún pueblo de Almería, tampoco estuve nunca en Almería, leo algunos datos generales y me fijo en Níjar, un pequeño pueblo del interior situado al noreste de la capital, voy a buscar el tomo de la N, Níger, Nigeria, Níjar. Partido judicial, trece mil habitantes, agricultura, cerdos y alfarería. Me gusta, lo que más me gusta es que nunca haya oído hablar de Níjar, como si fuera un sitio en el que nunca hubiera pasado nada, me parece que va a ser un buen sitio, lo mejor será ir a verlo antes de tomar una decisión, sobre todo teniendo en cuenta que vivo en el norte y que Níjar puede quedar a más de ochocientos kilómetros, aunque la distancia no debería importarme, como decía el judío, lejos de dónde, a mí me pasa igual, qué significa lejos para mí, lejos sería el extranjero pero dentro de España ya no existe la palabra lejos para mí. No obstante iré a Níjar antes de tomar una decisión. Pensándolo mejor iré a Níjar directamente, a quedarme allí, si no me gustara ya encontraría otro pueblo, total lo que puede pasar es que ande unos kilómetros de más. Es increíble pero me encuentro muy optimista con la decisión tomada, como si no me fuera a morir nunca, es prodigiosa nuestra capacidad de generar optimismo y esperanza, seguramente por eso somos tan fuertes, mi optimismo me hace llorar, me entristece, me doy algo de pena porque sé la verdad y me parecen pocos los días de mi calendario, sabiendo lo que sé ahora hubiera vivido mi vida con mucha más intensidad pero reconozco que la he malgastado, bueno no toda pero sí en parte, no he sabido apreciar su auténtico valor hasta ahora, ahora que casi no me queda tiempo, el tiempo es un lujo, vivir es un lujo al alcance de todos los vivos. Los que nunca nacieron no se cuentan, son la mayoría y son fracasos, aunque no sé yo cómo los podríamos contar si nunca fueron, digan lo que digan no nacer es un fracaso, por ejemplo, una masturbación es un montón de fracasos. Si cada uno de nosotros puede ser otros cien más, por ejemplo, si solo procrea cinco o seis, o tres o dos o

uno, todos los demás son un fracaso. No se cuentan pero son la mayoría, fracasos. Por eso decía antes que nacer era un lujo, nacer, vivir y morir solo es propio de los elegidos, la propia naturaleza los elige, no hay por qué ir a buscar a otra parte, bueno, el que quiera que vaya y se consuele pensando en un divino más allá, todo el mundo puede hacerlo y quedarse a sus anchas. Para que haya uno tiene que haber cien mil a punto de ser, una eclosión de potencias para que seas tú el que tenga nombre. La otra cara de la vida no es la muerte sino lo que nunca podrá ser, la no vida por así decirlo, que está ahí al lado como quien dice, que casi la tocamos, pero que solo en los fracasos la intuimos, como si fuera un agujero negro, realmente el otro lado solo puede ser un agujero negro, lo de negro es igual pero tiene que ser un agujero.

Aún me queda mucho por hacer antes de emprender viaje, ahora la palabra viaje tiene mucho significado, no es como antes, que viajar era ir a cualquier parte. Ahora sí que la palabra emprender cobra vida porque este viaje sí que es una empresa de riesgo, la vida en el tapete. Todavía tengo que arreglar cosas importantes, la primera hablar con el Dr. Salcedo, el oncólogo, necesito recetas de morfina, ya le explicaré por qué tengo que marcharme, también le pediré que me dé mi historial clínico, seguramente me hará falta, no tengo un gran historial clínico, está a la par que mi historial personal, una cosa muy normal, pero cuando a ese historial llega la presencia de la muerte comprenderán que todo adquiere otra dimensión, el tiempo es más intenso y los picos del gráfico cobran una importancia inusitada. Después tengo que hablar con el casero, arreglar el alquiler que le debo y recuperar la fianza. Quizás visite algunos lugares de mi infancia a modo de despedida, no sé si podré hacerlo, pero se me ocurrió ahora de repente, no sé por qué se me ocurren ahora estas cosas, me pasearé por la ciudad durante unos días disfrutando de mi secreto. Pensándolo bien es una suerte saber cuándo te vas a morir y disponer de un tiempo para prepararte, sería peor enterarte de pronto y que no te diera tiempo para nada.

He decidido pedir un crédito en el banco donde trabajé y no devolverlo, es algo que me obsesiona desde que lo pensé ayer por la tarde, es mi segunda decisión importante de la era Sotelo, podría no pedirlo, no necesito el dinero, pero voy a hacerlo, como un homenaje a todos aquellos a los que han estafado y a los que han humillado, es un crédito simbólico, no los voy a arruinar, les voy a pedir tres millones de las antiguas pesetas, unos dieciocho mil euros y no se los voy a devolver, tengo la nómina domiciliada y un certificado médico anterior al diagnóstico del cáncer que los convencerá de mi buena salud, además lo pediré en la misma oficina donde trabajé, no se atreverán a decirme que no. No crean que soy un inmoral o un sinvergüenza, nada me molestaría más que pensarán de mí lo que no soy, pero siento que tengo que hacerlo, los bancos y las cajas son demasiado importantes en nuestras vidas, nos han aniquilado y oprimido, nos han marcado el ritmo de nuestras vidas y de nuestras creencias, se han convertido en el centro del mundo y ahora me siento con fuerza de ponerlos en su sitio, por lo menos en lo que mi vida concierne. Es un acto moral para el que me siento autorizado, no es un robo vulgar y corriente, así lo siento yo por lo menos, no sé si me entienden.

Hoy he ido a ver al director, le he explicado que lo necesitaba para un asunto familiar, para ayudar a mi hija en unos estudios de posgrado, me ha pedido el certificado médico, mi declaración de la renta y mi nómina, le he dejado toda la documentación para que la estudiase, en dos días tengo que volver, después de la reunión donde deciden a quién le dejan y a quién no me recibirá y me dirá lo que han decidido, que como siempre no era una cuestión personal sino profesional de criterios bancarios. A los dos días me dirían que sí, que el lunes tenía que pasar por el corredor a las doce de la mañana, ya estaba hecho, de los tres millones ellos iban a cobrar doscientas cuarenta mil, el resto tendrían que incluirlo en pérdidas. Hoy puedo decir por primera vez en mi vida que voy a cometer un